«Hilo de oro»

Pedro M. Martínez

Relato incluido en el libro *Nunca llueve sobre el Sáhara*
(Mandala & LápizCero, 2008).
Revisión del texto por el autor en septiembre de 2018.

Tengo que reconocer que cuando me dijeron que la casona de Escandona se había quemado experimenté un vergonzante sentimiento de alivio. Mi tío Ramón me llamó aquella fría tarde de finales de invierno a la universidad, para darme la noticia: Escandona y todos sus preciosos tesoros se habían evaporado entre el humo. Siempre tan ahorrativo con el teléfono, mi tío me dio escasos detalles del siniestro, así que tuve que hacer algunas llamadas a Oviedo y Unquera para conocer con más precisión las circunstancias que habían rodeado al incendio, un desastre que encubriría para siempre el denigrante robo que cometí en la vieja casa solariega, ya que la biblioteca de esta había desaparecido por completo entre las llamas.

Mi tío nunca me habría perdonado el hurto, sobre todo después del esfuerzo que le había costado convencer a la señora Elisa, la anciana que vivía en Escandona junto con su hermana, para que pudiera consultar los viejos libros de la biblioteca familiar, un tesoro escondido entre aquellos centenarios muros y que, al parecer, no había recibido visita alguna desde que Espronceda escribió unas cartas allí durante un breve descanso cuando iba camino de Oviedo.

El viejo y querido Ramón no tendría que avergonzarse por mi falta: ahora era yo el único que sabría que el diario de tapas de cuero crudo no se había quemado con el resto de aquellos inapreciables libros y manuscritos, y en los días siguientes al suceso consolé mis remordimientos pensando que la señora Elisa me agradecería, al menos, que se hubiera salvado uno de los libros. Para la anciana, todo aquel papel eran recuerdos, solo viejos y queridos recuerdos de su padre, el marqués de Escandona, que había cuidado con el mismo amor

y respeto que el panteón familiar situado detrás de la capilla de la mansión, único lugar que fue respetado por el devorador incendio.

Había salvado de la muerte, sin saberlo, el diario de aquel inglés. Las casi cien páginas de recio papel de dos gramos, algo amarillas ya por el paso del tiempo, cubiertas de rectos renglones de bella letra de canónigo isabelino y dibujos de redonda armonía, rotundos y morbosos, habían desfilado ante mis ojos, una y otra vez, durante aquellos meses en que pude traducir por completo el estremecedor diario que, de otra forma, solo habría conocido parcialmente, dada la inflexible negativa de D.ª Elisa a prestármelo durante un tiempo; ni siquiera la intercesión de mi tío pudo cambiar la firme postura de la anciana señora de Escandona: ningún libro u objeto saldría de aquella casa, mientras ella pudiera impedirlo, pues la mansión tenía que permanecer tal y como les fue legada.

Que Dios me perdone, pienso alguna vez que tengo el diario entre las manos, pues aquella última tarde en la casa solariega, lo cambié por otro igual que me hicieron en Cangas, aunque con las páginas interiores en blanco. La letra del siglo pasado y algunas carencias en mi inglés me hacían imposible la tarea de comprender, en tan solo dos semanas, toda la complejidad de los escritos de John Wallcott, un médico, astrólogo, matemático y músico de Evebury que, perturbado por los misterios de la magia celta, había recalado en Asturias después de un agitado y largo viaje por Irlanda, Bretaña y el sudoeste de Francia.

Mi tío Ramón es de corta estatura, moreno, con cejas pobladas y muy simpático. Yo tenía que terminar mi tesis doctoral de antropología social y había decidido escribirla sobre mitología y supersticiones celtas en Asturias, y conocía las leyendas que rodeaban a Escandona y la relación de amistad que tenía mi tío con D.ª Elisa desde hacía muchos años, así que le llamé desde Madrid rogándole el favor de que intercediera ante la anciana para que me dejara consultar su biblioteca, convencido de que entre aquellos libros encontraría muchos datos de interés para mi tesis y de que mi tío conseguiría lo solicitado. No fallaron mis suposiciones pues a la semana siguiente llamó

para decirme que estaba todo arreglado, pero que había dos condiciones: no podría estar más de dos semanas en la mansión, en horario de tarde, y bajo ningún concepto podría sacar nada de lo que en ella había. Por supuesto, acepté entusiasmado.

Ocho días después, cuando el verano vivía entre sombrías tormentas sus últimos coletazos sobre las verdinegras cumbres del Cuera, mi tío me acompañó hasta Escandona. El portalón estaba entornado y lo franqueamos entrando en un marchito jardín de corte versallesco, que en otro tiempo debió de recibir a los visitantes con rumorosas fuentes y cuidados senderos de gravilla. Las ventanas que pude ver de la vieja casa solariega estaban cerradas, y un leve aroma de descomposición vegetal inundaba los descuidados setos:

—Elisa ya está un poco sorda —comentó mi tío mientras esperábamos que abrieran la puerta principal de la casa—, pero seguro que se acuerda de que veníamos esta tarde.

Me sentía ávido de que pasaran pronto las necesarias formalidades, para poder comenzar mi trabajo entre los libros de la biblioteca menos conocida del oriente asturiano, así que no presté demasiada atención a los abandonados macizos de hortensias, las secas fuentes llenas de maleza y los parterres sin segar, cosas que no pasó por alto, sin embargo, mi tío, «qué lástima, Pepín, qué lástima... con lo que fue esta casa en sus buenos tiempos y ahora dejada a la buena de Dios», en una especie de premonición del amargo destino que le esperaba a Escandona, cuya puerta comenzó, al fin, a abrirse lentamente acompañada de un lamento de goznes mal engrasados.

La señora D.ª Elisa tenía la piel muy blanca, casi tanto como el pelo que quería formar un moño detrás de la cabeza, y unos ojos azules que me miraron inquisitivos.

Afortunadamente, mi tío logró que me recordara, más bien que recordara a mi padre, y el examen no se prolongó demasiado. Entramos en el enorme recibidor de la casa y, durante unos minutos, volví a recibir las instrucciones ya conocidas, aunque la señora pareció dirigirse siempre a Ramón cosa que me

habría molestado en cualquier otra circunstancia. Mi tío, por fin, se despidió de nosotros y prometió volver a buscarme antes del anochecer.

Ya a solas, D.ª Elisa me pidió que la siguiera y después de subir por una oscura escalera de piedra, a la que accedimos desde una puerta lateral del recibidor, llegamos hasta uno de los corredores del primer piso del caserón. La tercera puerta, cerrada con dos vueltas de llave, era la biblioteca.

—Si necesita algo, toque esta campanilla. No me llame, toque la campanilla; mi hermana descansa por la tarde.

No recuerdo si di las gracias a la señora antes de que cerrara la puerta a mis espaldas, pues quedé aturdido ante la visión de aquella tierra prometida: la biblioteca era un gran salón tapizado hasta el techo de estanterías de madera de castaño atestadas de libros de formas y colores dispares, iluminados suavemente por la luz de dos grandes ventanas situadas a ambos lados de la puerta de entrada, ahora con sus espesas cortinas recogidas; tal era el silencio en aquella habitación que creí escuchar los latidos de mi corazón.

Durante dos días hice inventario de los libros y manuscritos, con fruición. Allí estaban, entre muchos otros, *La Bruxa*, de Noriega, y *Las siete cuevas del Zorzal,* el libro de Quirós sobre la Inquisición en Asturias; ¿por dónde empezar? Al tercer día comprendí que tenía que seleccionar cuidadosamente entre aquellas maravillas pues el tiempo corría y las tardes, cada vez más cortas, estrecharían mi trabajo. No sé cómo, pero conseguí que la señora me dejara estar un par de horas más aquel día, para lo cual me suministró una lámpara de gas ya que la habitación tenía la instalación eléctrica estropeada. Me explicó cómo encenderla y pronto el haz de luz blancuzca de la linterna fue iluminando los volúmenes de las baldas de una de las paredes de la habitación, haciendo que fulgurara durante un instante algo entre ellos. Volví a dirigir la luz hacia el punto que había brillado y me acerqué hasta él: allí estaba el diario de Wallcott, hasta unos momentos antes intranscendente a la vista entre los otros libros, pero refulgiendo ahora a la luz del farol por el resplandor de las iniciales de su autor grabadas con plata en el lomo.

Ahora sé que el diario me llamó aquella tarde. Las primeras páginas me desalentaron al ver, como ya he comentado, que estaban en inglés, pero pronto vi los dibujos. Diseñados en esquema al carboncillo y luego coloreados con minuciosidad, representaban símbolos, un paisaje con árboles, un pequeño estanque —que se repetía desde distintas perspectivas— y decenas de pequeños retratos, algunos inacabados, de una bellísima mujer de largos y dorados cabellos, algunas veces sujetos a su cabeza por una fina cinta o diadema. Las anotaciones en algunos de los dibujos no dejaban lugar a la duda: aquel inglés había recogido con extraordinaria precisión y detalle el mito de una xana.

El descubrimiento hizo que el corazón se me acelerara y apareciera un nudo en la boca de mi estómago. Poco antes de que D.ª Elisa entrara de nuevo en la biblioteca, impertérrita detrás de sus ojos azules, y me dijera que debía de marcharme, había contado ya cinco extraños símbolos completamente desconocidos y cinco letanías o conjuros escritas probablemente en gaélico; Wallcott había escarbado hasta lo más profundo del mito, y durante decenas de años sus descubrimientos me habían estado esperando.

D.ª Elisa no consintió que prolongara mis tardes en ninguna otra ocasión y el tiempo corrió inmisericorde entre los muros de Escandona. El diario era de difícil comprensión en muchos de sus pasajes y pasé varios días repasando notas y llamando a Madrid por las mañanas, para que me ayudaran en la traducción de las frases más complejas y poco a poco el relato de Wallcott se fue haciendo más claro: el inglés llevaba viajando cerca de dos años recogiendo tradiciones célticas por razones que no explicaba, aunque en la primera mitad de sus escritos había una inquietud especial por la mecánica celeste; en la segunda parte, sin embargo, se alejaba completamente de dicha preocupación, a raíz del encuentro con una *bruxa* en Vidiago, cerca del ídolo de Peña Tú, que le dirigió hacia Escandona. Desde ese momento, el médico inglés se centraba en el personaje de la xana.

Una semana después de consumado el indigno acto de llevarme el manuscrito, estaba completamente decidido: iría al sitio dibujado por el inglés

en cuanto me tradujeran los cinco conjuros. Recordé a la anciana despidiéndose de mí, distante, casi educada, sin percatarse de cómo me quemaba el cuero de las tapas del manuscrito sobre la piel del costado, mientras contemplaba la cordillera del Cuera ahora transparente después de la violenta tormenta que durante una hora había cubierto sus cumbres de rayos espectaculares. D.ª Elisa no recordaba nada sobre el inglés, pero en el archivo de *El Oriente de Asturias* había encontrado una referencia al viejo marqués en donde se citaba que este «como prócer de las artes y ciencias que era» acogía y distinguía a sus huéspedes con el mejor interés y la mayor cortesía; una serie de nombres de distinguidos visitantes se contenían en la reseña y, entre ellos, la referencia a un ilustre extranjero que había enfermado gravemente durante su estancia en la mansión, teniendo que ser trasladado a Oviedo; no tuve ninguna duda: aquel forastero tuvo que ser Wallcott.

Todo cuadraba ahora. El diario se mostraba ante mí transparente y mágico, pero al mismo tiempo temible, sobre todo por sus últimas páginas, temblorosas, confusas, fruto de una mente desquiciada por sueños aterradores que las dejó inconclusas de repente: el médico inglés había ido demasiado lejos en su obsesión, pensaba entonces, y seguramente perdido el juicio mientras vagaba por aquellos oscuros valles buscando la utopía de la xana; ¿habría muerto en Oviedo?; ¿fue la experiencia que narraba la que produjo su enfermedad?; y, entonces, ¿por qué quería yo ahora repetir sus pasos?

Esta última pregunta me asolaba noche y día; hasta mi tío se había dado cuenta y me visitaba con frecuencia en la casa de mis padres, en Andrín, procurando que dejara por un momento la lectura. Ramón no sabía de la belleza temible de aquellas páginas y achacaba mi estado al nerviosismo típico del estudiante que está a punto de examinarse, así que me convidaba a sidra, a cenar o a pasear con él por la Playa de la Boriza o el Paseo de San Pedro, con la esperanza de que aquellas distracciones me devolvieran el sosiego; pobre y querido tío, ahora te echo de menos en Madrid.

El timbre de la bicicleta de Juanón interrumpió mis pensamientos poco antes de que se detuviera ante mí, justo a la entrada del pueblo. El sobre que me tendió me pareció un salvoconducto en tiempos de guerra: la traducción del

último misterio del diario había llegado. Me despedí a toda prisa del cartero y casi sin saludar a mi madre, me encerré en mi cuarto para abrir febrilmente el sobre.

La *bruxa* de Vidiago había sido la clave. Ella había enseñado a Wallcott cómo romper el encantamiento de una xana, utilizando claves que provenían, quizás, de los tiempos en que la diosa Diana reinaba todavía sobre los mortales. La traducción le había costado mucho a mi amigo Llamazares, pues el gaélico con el que había lidiado era harto difícil según me decía en su carta, recomendándome prudencia a la hora de interpretar los textos ya que no podía garantizar su exactitud.

Leí ávidamente. Los cinco símbolos, como ya había sospechado, eran señales o hitos que conducían al encuentro final con la xana y cada uno de ellos representaba una prueba; después de superadas, la xana, una vez libre de su encantamiento, entregaría su amor y sus riquezas al mortal que lo consiguiera.

Cuando acabé de leer aquellos folios, sin embargo, noté una cierta sensación de abulia: ¿cómo había llegado hasta aquí?, ¿cómo podía ser tan cándido? Una cosa era haber estudiado Historia y Sociología y querer hacer una tesis sobre los mitos de Asturias y otra muy distinta ir por la noche a la Cueva del Lloro a la búsqueda de una xana, como si las pesadillas de un inglés, por muy atractivo que fuera su diario, pudieran tener algo de realidad científica. ¿No estaría perdiendo la razón yo también?, cavilé mientras el diario de cuero parecía decir «ven, cógeme, léeme…», desde la mesa; otra explicación no había para mi conducta, pero la fuerza de aquellas páginas me subyugaba como si fueran una droga.

Sentí que era el momento de tomar una decisión. Me levantaría, tomaría el diario y lo dejaría en el rincón más apartado de mi biblioteca, para que esperara a otro lector; ambos espiaríamos mi pecado: él en la soledad de un estante y yo recordando su historia y los dibujos de la xana, pues las cosas que se desean y no se consuman dejan un poso de amargura muy fuerte en el corazón. Maldito diario, pensé por primera vez, me has invadido dulcemente

con promesas de grandes revelaciones y sueños de conquista de lo hasta ahora inédito y, empero, soy tu esclavo pues pienso a todas horas en tus perversas páginas. ¿Me habría enamorado de la fábula? Un hombre culto como yo, educado en Salamanca y Madrid, ya casi doctor, mirando un par de letras plateadas como se puede observar a una mujer, con el mismo deseo de percibir, agarrar, halagar y satisfacerse, ansioso por volver a acariciar la aspereza del recio papel y examinar una y otra vez los dorados cabellos, los ojos verdes y el largo y recto cuello de los dibujos de la pequeña diosa.

Me levanté del sillón y tomé el libro. Juro que sentí una profunda conmoción de placer y que algo parecía llamarme desde un lugar muy cercano, tan próximo que miré en torno a mí buscando a alguien más en la habitación. Volví a conmoverme: el diario me amaba.

Un lobo aulló en la lejanía, probablemente desde el pico del Turbina, y acaricié la culata del revólver del treinta y ocho que me había echado a la cintura poco antes de salir aquel atardecer hacia la Cueva. La noche hacía ya tiempo que se había cerrado sobre mi cabeza e imploré para que el cielo siguiera despejado, pues en breve aparecería la Luna llena y era condición obligada para la invocación que durante algún tiempo su luz alumbrara la tierra; las estrellas, mientras tanto, intentaban iluminar con su chispeante luz el estrecho sendero por donde caminaba hacia la Cueva, aunque ahora no las podía ver deslumbrado por la luz del farol.

Llegué a la entrada de la Cueva unos minutos después de que sonara el inquietante aullido y la bordeé por la derecha para poder ascender hasta el prado pedregoso rodeado de castaños, que tantas veces había dibujado Wallcott. El camino para llegar hasta la Cueva no es desconocido: todo el mundo sabe en Nueva y su comarca de la fuente mágica, cuyas aguas habían fluido durante muchos años hasta el profundo pozo que se perdía en la sima, para quizás desembocar después en el mar; allí había comenzado su aventura el inglés, pero cuando estaba lleno a rebosar de la límpida agua que manaba entonces desde una roca cercana.

El pozo estaba parcialmente tapado por ortigas y breñas y el cauce por donde había discurrido el agua había desaparecido; la cercana roca estaba ennegrecida por líquenes y musgos y surgía desde las entrañas del prado como un menhir que practicara una peculiar acupuntura a la Madre Tierra. Me senté ante el pozo y apagué el farol a la espera de que saliera la Luna, Diana la llamaba el viajero inglés en su diario, y me sentí algo ansioso pero al mismo tiempo seguro de que recordaría los cinco conjuros que había aprendido al milímetro, durante los días de espera hasta que se diera el plenilunio.

Nunca la Luna llena me pareció tan bella. Esperé unos minutos a que el tono rojizo de Diana se hiciera un poco más blanco y me levanté situándome ante la negra oquedad. El primer conjuro tenía como misión hacer creer a la xana que era la noche de San Juan, pues de no ser así no saldría hasta el amanecer; inspiré fuerte y comencé a recitar el viejo gaélico procurando hacerlo con la mejor dicción posible. Mi voz me pareció extraña, distante, como si fuera el eco de algo que ya había ocurrido en el pasado y que regresaba serpenteando entre las hojas de los oscuros castaños, a caballo de la suave brisa que se había despertado de pronto, para sumergirse en el pozo después de haber acariciado la roca de la fuente.

Quizás nadie me crea, pero aquel eco de palabras de tiempos pretéritos comenzó a repercutir en lo más profundo del pozo, hasta que se transformó en un burbujeante sonido y más tarde en un alegre fluir de agua que como torrente comenzó a ascender llenando, hasta la boca, la fosa, ahora convertida en un pequeño estanque que cada vez tenía una superficie más límpida y tranquila; la Luna iluminó el agua y los suaves rizos de la superficie formaron con claridad el primer símbolo dibujado por Wallcott en su diario.

¿Era verdad? Aquello no era una pesadilla, era cierto, tangible pues me agaché ante el borde y metí una mano en la fría y ahora tranquila agua, incrédulo ante el milagro. Durante un par de minutos, atónito, extraviado, agité mi mano bajo la gélida superficie sin saber qué hacer; todo mi mundo se venía abajo: conocimientos y creencias se pulverizaban ante la atónita mirada de mi alma, mientras que la luz láctea de la Luna arrancaba fulgores del agua que acariciaba mi piel. ¡Era verdad; el diario y los conjuros eran ciertos!, y yo había

querido arrinconar aquella maravilla; sentí ganas de llorar, de reír, de correr y contar a todos que existían otros mundos, que la xana existía, y aquella explosión de sentimientos me hizo superar el desconcierto.

El segundo conjuro iniciaba el desencantamiento de la pequeña hada. Las instrucciones del diario indicaban que mientras se recitaban las frases había que arrojar a la fuente un paño de lino de tres por dos metros para que la xana se pudiera vestir, y así lo hice. Nuevamente las palabras del conjuro parecieron acariciar el prado y los árboles mientras el paño comenzaba a hundirse en el agua, que comenzó a agitarse nuevamente. Poco después, restos de la tela flotaban en la superficie y formaban el segundo de los símbolos que tan bien recordaba; ansiosamente aclaré la garganta para recitar el tercero mientras sacaba del bolsillo el pañuelo, de fino hilo y bordado con primor, que debería entregar a la xana pero con mano distinta a la que ella me dijera. ¿Aparecería por fin el maravilloso ser?

Un remolino respondió a la nueva recitación, mientras apretaba el pañuelo en mi mano. Los círculos de la espiral, casi perfectos, daban una paradójica impresión de quietud casi hipnótica y formaron el tercer dibujo del diario. ¿Qué mano correspondería utilizar?, nada indicaba cuál me solicitaba la xana que, infortunadamente, seguía sin mostrarse. Pensé desesperadamente hasta que recordé que el dibujo lo mostraba girando en el sentido de las agujas del reloj, es decir, hacia la derecha; cambié el pañuelo de mano y lo arrojé al centro del remolino, adonde llegó una eternidad después.

No todo estaba en las páginas que tan bien recordaba, así que vi cómo las aguas volvían a calmarse con el corazón encogido: ¿habría llegado tan lejos para fracasar en mi empeño? Exploré la superficie del agua ansiosamente, pero no se percibía nada, así que introduje otra vez la mano en el pequeño estanque; el agua estaba quieta, algo más oscura pues la luna había desaparecido tras una nube, pero tremendamente quieta: ¡la xana se había ido! ¡Me había confundido al arrojar el pañuelo y mi diosa se había marchado! Me levanté casi llorando y las gotas que resbalaron desde la mano parecieron lágrimas al caer sobre el estanque. Durante unos desesperados momentos casi llegué a la conclusión de que debía de marcharme, pues no podría soportar el

ver cómo el pozo volvía a secarse, cuando me di cuenta de que había metido en el agua la ¡mano derecha! Tenía una segunda oportunidad, si la xana lo deseaba y perdonaba mi error.

Cuando introduje la izquierda en el agua, la misma con la que había lanzado el pañuelo, sentí casi al instante una suave presión en los dedos y sintiendo cómo me galopaba el corazón tiré hacia arriba con fuerza. La diosa había perdonado mi error pues el negro fondo del estanque se iluminó de un color amarillo pálido, y desde sus profundidades emergió ella lentamente, más bella aún que en los dibujos del inglés, con sus largos cabellos de oro delicadamente sujetos por una fina cinta con pequeñas perlas; tenía las mejillas arreboladas y sus ojos de un purísimo color verde me miraban, ¡a mí! Caí de rodillas, pues las piernas me temblaban poderosamente ante la majestuosa, pero escalofriante aparición.

La xana se acercó hacia mí casi flotando sobre sus pequeños y desnudos pies. El agua que la cubría había desaparecido por completo y el áureo cabello iluminaba ahora su sereno rostro.

—¿Qué buscas de esta xana? —la voz del hada me sonó a gorjeos de pájaro que se lleva el viento.

—¿Cómo te llamas, xana? —acerté a musitar, al tiempo que sentí que empezaba a perder el miedo.

—¿Pondrías acaso al misterio nombre, como si se tratara de un hombre?

—Aunque no sepa tu nombre, he deseado mucho este momento… creo que siempre he deseado conocerte y…

—Cuando me llaman los de tu raza —me interrumpió muy dulcemente— buscan siempre mis tesoros y lo que menos les importa es que yo viva tan sola, en la Cueva de los Lloros.

—Yo no busco riquezas, xana, solo estar contigo…

—Algunos hombres ya me dijeron eso, pero me traicionaron después —replicó el hada, mientras un leve aleteo nubló por un instante sus límpidos ojos— ya que el amor en mi mundo es del todo y para siempre. ¿De verdad sientes que me quieres?

Me levanté y contesté que sí, fervorosamente: era tan bella, tan chiquitina.

La xana calló durante un tenso instante y luego extendió su mano hacia mí. Cuando la estreché sentí una conmoción parecida a la que me había transmitido el diario, pero mucho más poderosa: millones de pececillos navegaron apresurados por mis venas, mientras me conducía hacia el pozo que comenzó a iluminarse poderosamente. La xana se introdujo en el agua, que ya parecía oro líquido, y tiró de mí para que la siguiera.

El agua ahora estaba tibia y yo no tenía ya ningún miedo. Ni siquiera cuando la fuerza de aquella deliciosa mano me siguió empujando hacia el fondo sentí que me fuera a pasar algo, tanta era la pasión que me embargaba. Unos finos dedos comenzaron a acariciarme por dentro y sentí cómo los pulmones respiraban el agua como si fuera el aire más puro. Llegamos a una parte en donde el pozo se ensanchaba y allí mi diosa se dio la vuelta; los largos cabellos flotaban en el agua rodeados de puntos luminosos que los peinaban con primor y sus ojos se tornaron ovalados, como los de un gato: su belleza era ya insoportable. Me ofreció entonces un hilo de oro finísimo y sentí que tenía que formar con él un ovillo.

La xana desapareció cuando empecé a estirar del hilo para comenzar a hacer la madeja, pero no me preocupó: seguía allí, rozándome por dentro con aquel terciopelo, tentando cada músculo, cada hueso, cada célula de mi cuerpo. El ovillo se hacía cada vez más grande y el hilo seguía fluyendo desde la profundidad de la sima cuando sentí cómo la suavidad penetraba en mi alma, la envolvía, y la xana me contaba cosas: su soledad terrible en aquella cueva, su deseo de tener un hijo. Me pidió entonces que le dejara mi alma para poderlo concebir y me susurró que no moriría, que sería casi inmortal y mi vida con ella sería maravillosa.

Y entonces tuve la duda. Entregar mi alma… algo se rebeló dentro de mí, una vacilación terrible me asaltó: ¿y si no fuera así?, ¿y si ella no decía la verdad? Recordé entonces las últimas y temblorosas páginas del relato de Wallcott y, sobre todo, el momento en que relataba el terror que padeció cuando su alma desapareció y aún estando vivo se encontró respirando sin sentir nada y mirando sin ver cosa alguna en la profundidad de un lugar ignoto.

Ahora lo entendí. Sentí miedo como él; un pavor que no se puede describir y el hilo comenzó a ponerse tenso.

Pero ¿y si decía la verdad?; hasta ahora no me había hecho daño alguno. No tenía por qué mentir; mi hada no podía hacerme eso. La suavidad, no encuentro otra palabra para definir aquello que susurraba dentro de mí, redobló sus caricias y el hilo fluyó de nuevo. Me quería, estoy seguro de que me quería y comprendía mis dudas. Esperaba, como todos los amantes esperan el momento de la llegada del éxtasis, retozando lentamente entre los pliegues de mi cuerpo y musitando mágicas sensaciones de deseo dentro de mí.

Wallcott, cómo te odio, pues dejaste bien clavadas la duda y el miedo dentro de mí, ya que no pude resistir el pánico que se me despertó de nuevo cuando volví a recordar que podía enfermar como el inglés, para quizás morir luego. Fui otra vez cobarde y el miedo comenzó a separarme de la xana que lloraba dentro de mí, haciendo que padeciera un sufrimiento insoportable. El hilo se tensó fuertemente y la madeja que había formado comenzó a escaparse de entre mis manos, pero yo me resistía a que ella se la llevara. Quise hablar y no pude pero le gritaba a la xana que no me dejara, que podíamos seguir juntos sin que se me llevara el alma. Entonces el hilo se rompió.

Estoy seguro de que nadie ha escuchado en este mundo algo parecido al grito de desesperación del hada en mi alma. La luz que iluminaba el pozo desapareció bruscamente; el agua se volvió gélida y comencé a ahogarme mientras algo viscoso tiraba de mí hacia las profundidades.

Pateé exasperadamente para librarme de aquel abrazo mortal que me arrastraría hasta el fondo de la sima, rodeado de una negrura que aún me estremece recordar pues presiento que es la que me espera en el momento de la muerte, y una de las piernas se empotró en una grieta de la pared de aquel abismo. Lo último que recuerdo es el dolor que me subió, como un relámpago, por todo el cuerpo cuando el hueso se partió.

Me encontraron día y medio después a tres metros de profundidad dentro de la sima, con la pierna rota y principio de pulmonía, gracias a que pude balbucir una respuesta cuando me despabilaron los gritos de la partida de búsqueda que habían organizado mis padres y mi tío por aquellos parajes. Me

salvaron la vida un comentario que hice a Ramón sobre mi interés por la Cueva y la potente voz de aquel pastor de Nueva retumbando dentro de las paredes de la fosa, ya seca.

Ahora soy ya doctor, y sigo escribiendo en el diario de tapas de cuero mis recuerdos sobre la segunda experiencia de un hombre con una xana. El cuero y sus hojas ya no me aman, están muertas y secas; nunca sabré qué representa el quinto símbolo y qué le pasó a Wallcott después de que superara la prueba del hilo de oro.

Mi hada seguirá esperando a alguien para tener un hijo que acabe con su soledad, pues el inglés tampoco pudo conseguirlo, aunque llegó mucho más lejos que yo en su ansia de amar al maravilloso ser; su diario me abrió y, al mismo tiempo, cerró las puertas del estanque mágico y por eso le odiaré siempre.

Desde entonces, he vuelto muchas veces a la fuente seca para recitar los embrujos, aunque de manera vana, esperando que se repita la magia del agua y con ella de nuevo aparezca etérea, dorada y hermosa, la xana, y perdone mi miedo y mi traición.

Los más viejos del lugar dicen que los barrenos que metieron para construir la carretera de la Sierra Plana secaron la fuente, pero para mí que no, que dejó de manar el agua porque John Wallcott, el inglés, se la llevó toda en el alma.

Y en cuanto a mí, solo me queda el sufrimiento de haber deseado tanto una cosa y no haber podido acabarla.